



# Estudios Críticos

---

## REVISTA DE ESTUDIOS CRÍTICOS

Centro de Estudios y Actualización en Pensamiento Político, Decolonialidad e Interculturalidad, Universidad Nacional del Comahue

ISSN 1853-4457

Reseña:

Mario Ayala y Pablo Quintero (Comps.) (2009), *Diez años de revolución en Venezuela Historia, Balance y perspectivas (1999-2009)* Buenos Aires, Editorial Maipue, 382 páginas.

Ricardo Héctor Marotta<sup>1</sup>

El proceso de expoliación que bajo la égida del neoliberalismo, fue y sigue dejando su rastro con el desmantelamiento y empobrecimiento en todo el globo afectando países, regiones y hasta continentes. Su continuidad a lo largo de más de tres décadas, proponiendo ajustes de gastos y reducción del nivel de vida, significó la imposibilidad de todo funcionamiento posible de la economía.

La inmediata exclusión de más de la mitad de la población, sumiéndola en la miseria más inhumana, la deja sin futuro, al tiempo que también hace desaparecer su presente. El empobrecimiento general de la población ya no puede reputarse a una mala aplicación, es el resultado de cumplir con los objetivos centrales del neoliberalismo. Se visibiliza cada vez más rápidamente una repulsa general, de quienes no tienen ya nada que perder, configurándose una continuidad de hechos contestatarios a la vista de cualquier observador inmerso en las mismas.

Al ser la experiencia venezolana una de las más destacables de la década que aborda, el título del libro es una promesa atrayente. La elección del período

---

<sup>1</sup> Estudiante avanzado de Licenciatura en Filosofía en la Universidad Nacional del Comahue.

analizado y la selección de textos de variados autores para mostrar posiciones, tendencias y resistencias en la sociedad venezolana, agrega al libro un carácter ecléctico e impersonal que le otorga un valor de veracidad y equilibrio fundado en la eficacia de la elección de autores y textos. Toda elección tiene esta fortaleza, al tiempo que, en lo no incluido, tiene su lado débil.

El objetivo declarado de reconstruir el contexto histórico del que emerge el “chavismo”; explicar los orígenes, funcionamiento e ideología del movimiento bolivariano y hacer un balance de las políticas de Estado aplicadas en la década, está logrado con creces. Veamos:

En el capítulo “Las reformas neoliberales y la crisis política venezolana, 1989-1999” Steve Ellner nos retrotrae a la década anterior a la que es objeto del libro, y resulta una necesaria descripción previa. El autor nos remite al año 1989, cuando asume la presidencia Carlos A. Pérez, con un discurso identificado con políticas intervencionistas del Estado que, al tornar en el “gran viraje”, una decidida acción de desguace del estado, produjo un repudio general a las políticas neoliberales, cuya expresión en superficie es conocida como el Caracazo. En 1994 con Rafael Caldera sosteniendo una plataforma explícitamente anti-neoliberal, finalmente cambia a virajes pragmáticos, concesiones ideológicas e incumplimientos de promesas que ya en el poder, también gira hasta abrazar el neoliberalismo.

Los cambios de pensamiento de aquellos que habían defendido la intervención del Estado en la economía y la profundización de la democracia, generaron el vacío de credibilidad que, a la vez, contribuyó a la crisis política de los años noventa y la ascensión al poder del chavismo.

A continuación, en el capítulo “La política económica de la izquierda latinoamericana en el Gobierno: el caso de la República Bolivariana de Venezuela (1999-2006)”, Edgardo Lander y Pablo Navarrete parten de la idea de que para comprender la naturaleza del gobierno de Chávez, es necesario entender las causas y la magnitud del colapso del antiguo orden social y económico basado en el modelo rentista petrolero. Remiten al pacto de gobernabilidad tras el derrocamiento de la dictadura militar de Pérez Jiménez en 1958 con la firma del Pacto de Punto Fijo que asocia democracia, nacionalismo petrolero y distribución

de la renta petrolera (p. 46) reprimiendo abiertamente a la oposición de izquierda. Con la cuadruplicación del ingreso fiscal por el aumento del precio del petróleo se instala el imaginario de un país rico que puede crecer en forma sostenida.

Desde su asunción de la Presidencia de Venezuela de Hugo Chávez habló de combatir el “neoliberalismo salvaje” y buscar un capitalismo humano, una “tercera vía venezolana” como solución a la severa crisis socioeconómica que enfrentaba el país. Esta posición evoluciona hasta el rechazo del capitalismo como modelo para Venezuela y la necesidad de crear un “socialismo del siglo XXI” (p. 45).

El proceso político venezolano es parte de la lucha mundial contra la dinámica destructora de la globalización neoliberal. Su profundización y sobrevivencia, se juegan al interior de este enfrentamiento global. El curso que tomen los procesos de integración latinoamericanos será decisivo. (p. 87).

El capítulo siguiente “El movimiento bolivariano: ascenso al poder y gobierno hasta 2008” pertenece a Margarita López-Maya. La capacidad analítica de la autora agrega otra dimensión al proceso descrito antes, dejando el andarivel pragmático y enfocando en aspectos de orden político-social subyacentes en el proceso. El ascenso al poder de las fuerzas bolivarianas constituye uno de los casos emblemáticos del giro a la izquierda producido en América Latina al inicio del siglo XXI, al tiempo que, su origen militar, el antecedente de haber organizado el golpe de Estado fallido de 1992 y determinadas actitudes y prácticas de su gobierno, han despertado desconfianzas y polémicas sobre su ubicación político-ideológica. La crisis de los paradigmas de la izquierda que se produjo a fines del siglo pasado, según Hobsbawm, abrió un espacio para la diversidad de referentes. El fracaso de economías estatizadas, ha dado mayor lugar a propuestas en las que el mercado se combina con el Estado para encontrar un modelo productivo progresista viable. La profundización de la democracia para hacerla “participativa y protagónica” incorporando al texto constitucional cuatro tipos de referendo popular (consultivo, aprobatorio, abrogatorio y revocatorio) fue vista como una propuesta radical en contexto latinoamericano adverso donde dominaban enfoques neoliberales de reducción del papel del Estado y privatización de los servicios públicos (p.107)

En el 5° Foro Mundial de Porto Alegre (2005), Chávez habló de abandonar la “tercera vía” y dirigirse hacia un “socialismo del siglo XXI” (Wilpert, 2006) llamando a crear el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) buscando con la reforma constitucional adecuar las instituciones del Estado a un modelo “socialista” que se dijo inédito y endógeno” (Parker, 2006).

En el capítulo “Chávez y la búsqueda de la seguridad y soberanía alimentarias” Dick Parker señala una gran dificultad de la estructura económica venezolana es la debilidad por el abastecimiento de alimentos a partir del mercado interno. Esto marcó la etapa del paro de 62 días de paro que obligó a repensar la política alimentaria y establecer la seguridad y soberanía alimentarias como políticas de Estado. Hasta los años setenta del siglo pasado, al referirse a la “seguridad alimentaria” en los países más desarrollados se daba por sentado que se trataba de un problema de soberanía, un problema de seguridad nacional.

Con la llamada “revolución verde” empezó a generalizarse el modelo industrial de producción de alimentos de EE.UU.: monoproducción, con insumos de maquinaria con altos gastos de energía, la aplicación permanente de fertilizantes y herbicidas químicos y la utilización de semillas genéticamente modificadas (p.134). Esto provoca la reacción de la organización Vía Campesina la propuesta alternativa del concepto de “soberanía alimentaria” con el que se recupera la previa asociación entre seguridad alimentaria y proyecto nacional. Con un profundo rechazo a la imposición del modelo de agricultura industrial. La Ley Orgánica de seguridad y soberanía Agroalimentaria ha producido resultados no despreciables, es más, que un gobierno de izquierda haya logrado, mantener los niveles de producción en el campo y hasta elevarlos, sugiere que la administración ha sido más realista y más exitosa en este aspecto de lo que se admite (p. 159)

Le sigue el trabajo de Fernando Coronil “¡Es el petróleo, estúpido! Petróleo y revolución: una visión general”. La afirmación del autor de que “Sin petróleo no hubiera habido ni Chávez, ni “socialismo del siglo XXI” o no en la forma en que han aparecido hasta ahora”, tiene una formulación que aparenta ser verdadera pero que, como toda ucronía no puede aceptarse más que como contingencia, una eventualidad que, más allá de las creencias, tanto del autor como de los

lectores, no puede reputarse como cierta. Venezuela cuenta con petróleo, con Chávez, quien sigue anunciando su adhesión al “socialismo del Siglo XXI”. Además, al fundamentar Coronil que el desgaste de las actividades productivas, como resultado de la afluencia masiva de dinero del petróleo, remite a la denominada “enfermedad holandesa”<sup>2</sup>, convierte en defecto inevitable lo que constituye una ventaja comparativa de Venezuela decisiva. Para traer el petróleo al centro del debate público es que realiza entrevistas con once preguntas prefijadas a expertos de diferente extracción y posición política. Ellos son: Alí Rodríguez Araque, Luis Giusti, Alberto Quirós-Corradi, Víctor Poleo, Elie Habalián Dumat, Ricardo Hausman y Bernardo Álvarez.

Su lectura es bastante farragosa dado que las respuestas se colocan en lista después de cada pregunta, obliga a volver en cada caso a su formulación, con el agravante de que el virtual desconocimiento de los entrevistados impide reconocer su “locus de enunciación” no siempre claro en la exposición.

Por su parte, Pablo Quintero, en “La colonialidad del poder y el mito de la democracia racial en Venezuela” el autor (y también uno de los compiladores) inaugura un aspecto no desarrollado hasta aquí, tratando de incorporar un pensamiento otro desde la perspectiva de la *decolonialidad del poder*.

Según Quintero, el periodista Modesto Guerrero en *¿Quién inventó a Chávez?* reduce su liderazgo a sus ascendencias ideológicas y reproduce el modelo historiográfico tradicional que suprime las relaciones sociales y explica la idea de quienes hicieron la historia como si hubieran sido tocados por un halo divino. Modelo ampliamente compartido por los simpatizantes del presidente venezolano. Del otro lado del espectro político, la popularidad de su figura es explicada mediante conjeturas menos mitológicas pero igualmente parciales. Esta vez se asienta en el eurocentrismo señalando que la figura de Chávez representa un ejemplo o una consecuencia del atraso y la condición de no-modernidad, tanto del pueblo como de las instituciones venezolanas. Siendo sus triunfos electorales

---

<sup>2</sup> Síndrome bautizado en los Países Bajos en referencia a los efectos negativos de ganancias inesperadas provenientes de la explotación del gas en el Mar del Norte para actividades industriales.

prueba de la inmadurez política y societal de las “masas marginales” mientras que los de la oposición son el resultado de la madurez y el tesón de la “sociedad civil”. Quintero intenta una interpretación diferente de la historia política venezolana contemporánea desde la perspectiva de la *decolonialidad del poder*, abriendo la conversación hacia otros derroteros (p. 205). Colocar en el centro del análisis del “fenómeno Chávez” a los diseños nacionales genera el riesgo de invisibilizar el papel de las luchas populares y de las clases subalternas en general con lo que se privilegia el accionar de las elites criollas. La producción del mecanismo representacional, de eficacia simbólica en Venezuela, denominado el “mito de la democracia racial”, es la creencia según la cual el mestizaje o la “mezcla” racial entre las diferentes colectividades o grupos étnicos que conforman las repúblicas latinoamericanas, anula históricamente cualquier diferencia jerárquica entre ellos. En el patrón de poder de la colonialidad, central en la estructuración de la sociedad en América Latina la idea de raza y el complejo ideológico del racismo impregnan todos y cada uno de los ámbitos de existencia social y constituyen la más profunda y eficaz forma de dominación social, material e intersubjetiva. Los grupos mayoritarios (indígenas, afrodescendientes y mestizos) no tenían acceso al control de los medios de producción, fueron impedidos de representar y transmitir sus subjetividades (religiosas, idiomáticas, artísticas, etc.) Después del Caracazo, las masas étnica y económicamente excluidas de la sociedad venezolana enfrentaron directamente contra las primeras arremetidas del ajuste estructural de las políticas neoliberales, fracturando para siempre el modelo de la democracia racial. Propone dejar de ver el “fenómeno Chávez” como una manifestación individual de genialidad o de malevolencia, y comenzar a percibirlo como una manifestación popular de carácter masivo y la expresión de un movimiento social total que intenta decolonizar el actual patrón de poder en Venezuela. Lo significativamente nuevo es la reapropiación de los valores étnico raciales por los sectores subalternos, suscritas en el texto constitucional de 1999, que define a Venezuela como una nación multiétnica, pluricultural y plurilingüe. En “Reconstrucciones identitarias en el proceso bolivariano: Lo afrovenezolano (1998-2009)” Mario Ayala y Ernesto Mora-Queipo indican que las organizaciones

negras venezolanas han avanzado en un proceso de reconstrucción identitaria estructurando nuevos movimientos sociales en el contexto de lucha hegemónica y cambio político institucional que vive ese país desde finales de la década de 1990. Este proceso supera la tradicional defensa del derecho a la diversidad cultural para configurar un nuevo discurso étnico político orientado a la descolonización del Estado y del proyecto de nación en el marco del proceso revolucionario bolivariano. En este artículo se proponen realizar una aproximación al análisis de los principales factores que han incidido en la construcción identitaria “afrodescendiente” en el periodo 1998-2000.

La articulación transnacional de los afrovenezolanos con los movimientos afrodescendientes de otros países implicó la movilización de grupos de reivindicación identitaria involucrando procesos complejos y dinámicos de orden simbólico, político, económico, cultural, y un esfuerzo marcado de los activistas en la construcción de un discurso étnico político de “lo negro”. Este proceso se ha intensificado a partir de la llegada de Chávez al poder, quien -como hecho inédito de los presidentes venezolanos- se ha definido como “afrodescendiente”.

En definitiva, desde la independencia hasta finales del siglo XX la historia venezolana ha elegido las figuras legitimadas por las elites coloniales y republicanas del siglo XIX para evocar y celebrar la fundación de la nación, pero en ningún caso se señala a los negros como actores históricos, pese a tener una tradición de resistencia y luchas desde épocas preindependentistas.

La perspectiva de análisis por la que adoptan los autores entiende la nueva identidad cultural afrovenezolana como una construcción socio-política emergente en el contexto de la revolución bolivariana (Ayala Mora –Queipo, p253).

El capítulo “Las sociedades indígenas en Venezuela: balances y perspectivas, 1999-2009” corresponde a Johnny Alarcón Puentes, Morelva Leal, Carmen Paz, y Zaidi Fernández. En Venezuela aún sobreviven aproximadamente 35 pueblos indígenas, pero la constitución de 1961 equiparaba a los indígenas al sector campesino en el que se requería de un régimen de excepción legal para su protección mientras duraba su “incorporación progresiva a la vida de la nación. En la Constitución bolivariana de Venezuela se incluye un capítulo completo dedicado

a los derechos de los pueblos indígenas en sintonía con los tratados internacionales. Se resalta el carácter multiétnico y pluricultural de la sociedad venezolana reconociendo la existencia de los pueblos y comunidades indígenas, su organización social, política y económica, sus culturas y costumbres, idiomas, religiones, así como su hábitat y el derecho a la propiedad colectiva sobre las tierras que ocupan, indispensables para garantizar sus formas de vida. Pone el acento sobre los derechos sociales de los pueblos indígenas: a una educación intercultural bilingüe, a la salud, a la medicina tradicional, a sus prácticas económicas tradicionales, entre otros.

Según Luis Alfredo Briceño, autor de “El cuerpo en la Revolución bolivariana”, el proyecto de país está profundamente anclado a la descolonización de las concepciones corporales que han fundado a la nación venezolana. Toda nación forma un cuerpo nacional y toda clase social o grupo define su identidad concibiendo un cuerpo más o menos estable. La antropología del cuerpo y de los sentidos, asume que la percepción sensorial más que un hecho físico y fisiológico está mediada y estructurada por la cultura.

La conformación del Estado venezolano suponía modelos sensoriales que intentaban educar y civilizar al pueblo dándole forma a un “cuerpo nacional” cuya principal función era representar y encarnar los máximos valores de la moral ilustrada como expresión del “alma nacional”. Este cuerpo se caracterizó ontológica y epistemológicamente como un dato objetivo segmentado del resto de la materia presente en la naturaleza.

La revolución ha buscado estructurar, una propuesta apolítica del cuerpo, opuesta a aquella concebida desde los grandes mitos fundacionales de la democracia racial, porque ha identificado en ellos las causas de la miseria de las masas y la concentración de poder. La máxima turbulencia corporal introducida por el bloque histórico revolucionario ha sido el mismo Chávez, vilipendiado por su origen zambo o negro. Uno de los motores importantes de la Revolución ha sido la reivindicación de las corporalidades históricamente silenciadas: imágenes corporales de indígenas, afrodescendientes, obreras y obreros, madres de los

sectores populares, personas en situación de indigencia, personas de la tercera edad, etc. Cuyas formas de vivir y de hacer política han sido por fin valoradas.

El cuerpo es la prueba del mundo en el que se vive. En esta sociedad está profundamente surcado por los efectos de la modernidad, la industrialización, las políticas de desarrollo y las medidas neoliberales. En los países del Tercer Mundo, la desnutrición, las torturas, las desapariciones, los desplazamientos forzosos, las taras genéticas por productos químicos, las violaciones y las mutilaciones constituyen el mapa de la colonización. La sociedad occidental capitalista ha constituido y reproducido su poder naturalizando e imponiendo sus concepciones corporales como único destino para el resto de todas las poblaciones del mundo.

El mayor reto de todo proyecto revolucionario, emancipatorio y liberador es el cambio de las prácticas culturales de esa sociedad. La Revolución Bolivariana, desde el ámbito de lo corporal, aceptó este reto centrado en la descolonización de las concepciones del cuerpo de sus placeres y dolores.

En “La praxis de los Consejos Comunales ¿Poder popular o instancia clientelar?” María Pilar García-Guadilla señala que los Consejos Comunales son organizaciones sociales creadas por iniciativa presidencial que encarnan a un nuevo actor comunitario surgido en medio de graves tensiones políticas y una activa campaña electoral (2006) con la asignación de dos tipos de funciones: la autogestión y resolución de los problemas de la comunidad y desde 2007 el rol protagónico en lo que denominó el quinto motor constituyente, incorporando la posibilidad de que los ciudadanos participen directamente en la gestión de las políticas públicas y tomen decisiones en la solución de los principales problemas que los afectan. En estos términos constituyen la piedra angular para construir el poder popular y hacer las transformaciones para arribar al socialismo del siglo XXI. Por su parte, Héctor Díaz-Polanco en *Socialdemocracia con aroma liberal* señala que, a fines de los 90, bajo las administraciones de Blair y Clinton, cobró impulso una “nueva” línea política que pretendía diferenciarse tanto de la tradición socialista como del liberalismo consagrado. Se criticaba a ambos y se planteaba una supuesta tercera opción que, enfatizaba los principios liberales “renovados”.

Al analizar críticamente el libro de Krause “El poder y el Delirio”, el autor señala que no importa que Chávez haya cumplido una y otra vez con los requisitos de la “legitimidad” democrática que señalaba Paz, (elecciones, libertades cívicas e instituciones republicanas) Es intrascendente que en doce ocasiones Chávez se ha sometido a la voluntad popular mediante elecciones libres. Tampoco basta que durante la gestión de Chávez se hayan respetado las libertades fundamentales. Concluye que el libro de Krauze está atravesado por una visión recortada e ideológicamente sesgada, que caracteriza como negacionismo, refiriendo a una imbatible negación de los hechos que raya en lo ridículo. Niegan todo. Explicando que el desorden de la conducta que designa el negacionismo “no solo es negar algo, sino también ocultarlo ignorarlo en una cortina de silencio estridente”.

En “¿El proceso de transición hacia el nuevo socialismo del siglo XXI? Un debate que apenas comienza”, Javier Biardeau realiza una aproximación descriptiva y esquemática las tesis centrales del tópico de la transición hacia el nuevo “socialismo del siglo XXI”, en el contexto de la Revolución bolivariana. En el caso del nuevo socialismo, su radicalidad depende de la superación de la globalización neoliberal como rasgo central de la organización del sistema económico capitalista mundial, por medio de alternativas históricas deseables, posibles y viables. No basta que las ideas transformadoras clamen por realizarse; es necesario que las realidades históricas mismas clamen por la realización de las ideas transformadoras. Sea el ruso Buzgalin o el mexicano alemán Dieterich la designación Socialismo del siglo XXI refiere teóricamente según tres menciones: En primer lugar, los trabajos de Toni Negri alrededor del concepto de poder constituyente y multitud. En segundo lugar la reestructuración de la estrategia socialista a partir de la idea fuerza de “radicalización de la democracia”, la centralidad de las luchas hegemónicas. Finalmente el trabajo de Miliband “Socialismo para una época de escépticos” plantea los esfuerzos de construcción de una alternativa histórica que planea un proceso de transición poscapitalista

Lander ha escrito que si se plantea la idea del socialismo del siglo XXI como una experiencia histórica nueva, radicalmente democrática, se requiere una crítica profunda de la experiencia histórica del modelo soviético, para incorporar una de

las conquistas más formidables de las luchas de los pueblos de todo el planeta en las últimas décadas, la reivindicación de la pluralidad de la experiencia histórico cultural humana y el derecho de los pueblos a la preservación de sus identidades, sus modos de pensar, de conocer, de sentir, de vivir.